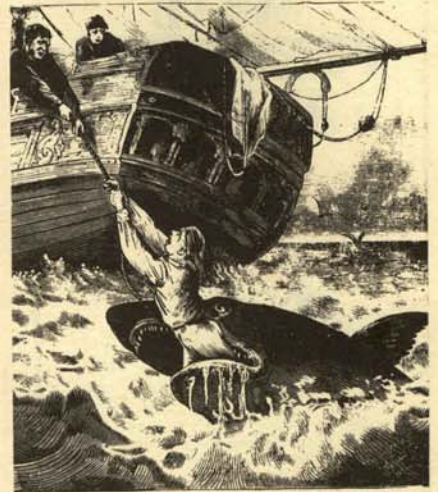


## SUCESOS



**MUERE APLASTADO POR UN PRECIO CUANDO PRETENDIA SUBIRLO A LA CIMA DE UN MONTE PROXIMO A LA CIUDAD DONDE VIVIA.**—El intermediario murió en el acto. El precio huyó al campo desde donde a veces ataca a los pacíficos campesinos y viandantes.



**SALVADA MILAGROSAMENTE DE LAS FAUCES DE UN PRESTAMISTA.**—Una joven fue salvada por un grupo de banqueros cuando estaba a punto de perecer entre los dientes de un prestamista sin licencia. Al final resolvieron su problema económico sólo al 12 por ciento anual y las garantías hipotecarias correspondientes.



**VICTIMA DE UN RUMOR QUE IRREFLEXIBLEMENTE POPAGABA CON FINES DISOLVENTES.**—La joven autora del hecho delictivo fue salvada en el último momento gracias a la entereza de un radioescucha aficionado.



**SE LE APARECE UN ESPIRITU NO POLITICO.**—Esta madrugada, cuando buscaba noticias políticas aprovechando la frescura del rocío, un joven sufrió el ataque de un espíritu. Afortunadamente no era un nuevo espíritu político, sino el del padre de Hamlet (q. e. p. d.) a quien se le señaló el camino de Helsingfor.



«**D**ESNUDATE», le dije. Ella me miró con sus ojos a la vez primitivos y tristes. Los viejos muebles se encogieron, y la pata de un sillón isabelino se quebró. «Desnúdate», repetí. El canario que estaba en la jaula, cerca de la ventana, se suicidó. «¿No esperaremos a la resurrección de la carne?», me preguntó, aunque sin angustia. «Desnúdate», insistí. Entonces ella, sin dejar de mirarme, comenzó a desnudarse. Len... ta... men... te. Aun sabiendo que todo era irremediable, sus movimientos eran furtivos. Allí quedó desnuda. No sé por qué una mujer desnuda me parece siempre que está herida. Hubiera gritado contra la pared, hubiera desistido de mi epopeya, pero le dije: «Sigue». Volvió a mirarme con sus ojos primitivos y tristes. Se acercó a una cómoda antigua sobre la que

## STRIP-TEASE

había un largo cuchillo. Yo hubiera preferido no mirar. Delicadamente fue despellejándose con el cuchillo, los músculos y las arterias iban quedando al descubierto, se observaban las palpitations de los órganos, toda la gran maquinaria sanguinolenta funcionaba ahora a cielo abierto. Sólo sus ojos, de mirada primitiva y triste, se conservaban en su rostro tumefacto. Acercó el cuchillo a sus ojos, muy despacio, y

con un doble movimiento preciso, como el que manipula una ostra, dejó vacías las cuencas, dos fosas escarlata. Luego se abrió el vientre y el paquete intestinal cayó a sus pies. Luego el bazo. Fue despojándose de aditamentos, de tanto y tanto sucio desperdicio, limpiando cuidadosamente los huesos. La vejiga explotó al caer. Una hora más tarde no era más que un esqueleto. «Estoy cansada», dijo, y se sentó. Yo me acerqué a ella. También yo era un esqueleto. «Ahora será eterno nuestro amor», le dije. «Ahora —añadí— podremos yacer juntos para siempre, aunque tu marido no te conceda el divorcio». «Sí», me respondió. Por un momento tuve la sensación de que no estaba muy convencida.

LICANTROPO